

Capítulo XXIII

LA POBLACIÓN DE MÉRIDA EN LOS SIGLOS XIX y XX

JOSÉ MONTERO OMENAT

Junta de Extremadura. Consejería de Educación y Empleo

Versión gratuita publicada en marzo de 2020
con motivo del estado de alarma provocado
por el coronavirus COVID-19

**Versión gratuita publicada en marzo de 2020
con motivo del estado de alarma provocado
por el coronavirus COVID-19**

LA POBLACIÓN DE MÉRIDA EN LOS SIGLOS XIX Y XX

A lo largo de estos doscientos años, asistimos al cambio más radical en la historia demográfica de Mérida. Caracteres que han estado vigentes desde la fundación de la ciudad desaparecen ahora. Así, la amenaza siempre presente y periódicamente cumplida de una epidemia mortífera se desvanece; y eso ocurre asimismo con la relación entre malas cosechas y mortalidad (durante un tiempo sustituida por la relación entre esas cosechas y mayor conflictividad social); el reparto de defunciones y nacimientos entre los meses del año se desvincula del ciclo agrícola y de las estaciones; los tímidos movimientos migratorios de los inicios de este periodo se convierten en desplazamientos a veces masivos, sobre todo de llegada a la ciudad. Se transforma también la distribución profesional de los meritesenses, o su reparto por grupos de edad y, a la vez que aumenta la esperanza de vida, caían el número de hijos, las tasas de mortalidad general e infantil, etc.

Y es que la población no fue inmune a las fuerzas transformadoras que estaban cambiando por completo el aspecto, la estructura, la dedicación y la economía de la ciudad y del conjunto del país.

No obstante, Mérida se ha desmarcado en muchos aspectos de la evolución de la demografía regional, en algunos de ellos de forma radical. La razón bien podría estar en la posición geográfica que tiene la ciudad. De hecho, explica buena parte de la historia de Mérida (decía el historiador Almagro Basch que Mérida pervivió para proteger el puente sobre el Guadiana). Ahí, en el vado del río, es donde atraviesa una de las principales vías de comunicación que recorre de norte a sur todo el oeste peninsular, y precisamente ahí es donde se cruzaría con otro de los caminos que, llegado el tiempo, se ha convertido en clave para el desarrollo regional. En esa encrucijada, el trasiego de personas y mercancías ha demandado una mejora constante de las comunicaciones. Y fue esto, el tendido del ferrocarril sobre todo y el desarrollo de las carreteras, lo que despertó a la ciudad de

un sopor y una decadencia de siglos, al impulsar los principales cambios demográficos y diferenciar su dinámica poblacional respecto de otros núcleos regionales. Y cuando la industria y el ferrocarril agotaron ese impulso, ha sido su declaración como capital autonómica (para lo cual tuvo enorme peso, una vez más, su ubicación) lo que ha mantenido el empuje. Sin duda, la diferencia más notoria entre la ciudad y su entorno es haber evitado la despoblación que ha sufrido Extremadura durante varias décadas desde mediados del siglo XX. Antes bien, se ha convertido en el núcleo de población que, proporcionalmente, más ha crecido en la región entera.

En definitiva, a la vez que vivíamos los cambios estructurales que se producían en ámbitos nacionales y europeos, nos desmarcábamos de lo que, exceptuando unos pocos núcleos de mayor tamaño, tenía lugar en Extremadura.

1. LA ETAPA DE ATONÍA DEMOGRÁFICA (1801-1872)

Durante siglos, Mérida estuvo inmersa en una situación de parálisis demográfica, en el sentido de que sus dimensiones, su peso en la región, se mantuvieron más o menos constantes a lo largo de buena parte de la etapa medieval y moderna. Y básicamente así se va a continuar en los dos primeros tercios del siglo XIX, sobre todo si lo comparamos con lo que ocurrirá después. Y es que la importancia demográfica de Mérida era muy escasa en el conjunto provincial: diecinueve poblaciones la superaban en número de habitantes en 1857. Solo los embates de la mortalidad catastrófica introducen cambios en esa atonía, en forma de pérdidas importantes de población porque, además de los fallecidos, solían derrumbar la natalidad y la nupcialidad. Crisis demográficas que, aunque previsibles, eran entonces inabordables.

Distintas fuentes nos informan del total de vecinos y/o habitantes de Mérida. Cuando se trata de datos recabados por las autoridades municipales no resultan muy fiables, pues la mayoría de estos recuentos obedecían a motivos fiscales o al reclutamiento de jóvenes varones, lo que movía al Ayuntamiento a infravalorar la población de la ciudad para reducir su aportación. Además, se aprecia en bastantes casos cierta inclinación al *redondeo* de las cifras. Confirmarían esta idea las ocasionalmente altísimas tasas de natalidad y mortalidad, solo explicables por la utilización de un divisor inferior al real¹. Por último, la diferencia de casi 1.000 habitantes entre el censo y el padrón de

¹ Hemos calculado la media de la tasa de natalidad desde 1813 a 1856, años de los que tenemos casi siempre el total de habitantes. El resultado da un 53‰, con varios años por encima del 70‰. Teniendo en cuenta que ese periodo incluye momentos de muy intensas crisis demográficas, solo podemos explicar tasas tan altas como resultado de infravalorar la población total. Es por ello que, en adelante, en esta primera etapa, las utilizaremos solo para ver la tendencia general o los cambios de ciclo, pero no creemos conveniente analizarlas año a año. Por esa misma razón no se incluyen en los gráficos.

1857 (es decir, entre un 20 y un 25% del total) demuestra la escasa fiabilidad de estos datos².

Con esta precaución siempre presente, si observamos en la tabla II la evolución del número de habitantes en la primera mitad del XIX apreciamos un evidente estancamiento que, en realidad, viene de siglos atrás. Convendría preguntarse sobre sus causas, al menos en estos 50 años. Como se verá, la alternancia de fases de crecimiento y de decrecimiento que se restan mutuamente (según predominen los niveles de natalidad sobre los de mortalidad o al revés) es el motivo principal. Pero como causa profunda influiría la escasez de tierras en relación al número de habitantes, tal como muestra el Catastro de Ensenada de 1753³, así como una productividad más baja que la de otros pueblos cercanos (según la misma fuente, Don Benito producía prácticamente el doble de Mérida⁴). Y a ello se añade el acaparamiento de buena parte de esas tierras por la oligarquía, que las mantenía como baldíos. El Catastro indica también que solo se cultivaba en Mérida el 7,5% del término⁵, lo que impediría obtener recursos suficientes de forma casi crónica y, especialmente, con malas cosechas. Esto explica las numerosas compras de trigo a otros pueblos de la provincia o fuera de ella, e incidía en falta de trabajo y en penuria para una parte importante de la población. Y estos condicionantes económicos no debieron de cambiar hasta las desamortizaciones del XIX que, con seguridad, empeorarían las condiciones de vida del vecino humilde⁶. Era todo esto lo que mantenía a la ciudad estancada. Tuvo que ser un factor nuevo y externo el que rompiera en los años finales de esta fase estas trabas que impedían el despegue de la población. Ese factor es el ferrocarril.

En definitiva, estamos ante una continuación de la etapa moderna pues, a largo plazo, en casi todo este primer periodo, el número de habitantes apenas cambia. No obs-

² Por otro lado, para 1856 el padrón municipal recoge 3.725 habitantes, y el censo de 1857 da ya 5.505, lo que indicaría un imposible aumento de casi 1.800 personas en un solo año.

³ Ballesteros Díez, J.A., 2004, La población de Mérida en la Extremadura del siglo XVIII, *Revista de Estudios Extremeños*, Tomo LX, N.º 2, 665. Todos los artículos de dicha Revista están disponibles en: <http://www.dip-badajoz.es/cultura/ccex/index.php?cont=reex>.

⁴ Ballesteros Díez, J.A., 2009, Medellín según las respuestas generales del Catastro de Ensenada, *Actas de las Jornadas de Historia de las Vegas Altas "La batalla de Medellín"*, Calero Carretero, J.A. y García Muñoz, T. <<coords.>>, Diputación de Badajoz. Del mismo autor, 2009: Almendralejo según el Catastro de Ensenada, *Revista de Estudios Extremeños*, Tomo LXV, n.º I, 181.

⁵ Ballesteros Díez, J.A., 2004, Propiedad y renta de la tierra de Mérida en la Extremadura del siglo XVIII, *Revista de Estudios Extremeños*, Tomo LX, n.º 3, 1.078. En este mismo artículo, el autor afirma que otros datos del Catastro de Ensenada muestran la escasez de recursos de que disponía la mayoría de vecinos de la ciudad; por ejemplo, el que los agricultores humildes solo dispusieran de 4 fanegas de tierra, cuando para la supervivencia de la familia se requerían al menos 50 (p. 1.085).

⁶ Rodríguez Iglesias, A., 2007, Producción agraria y distribución de la propiedad de la tierra en la Mérida de la Restauración, *Revista de Estudios Extremeños*, 2007, Tomo LXIII, n.º 2. Este autor demuestra, con numerosos datos, que en Mérida la concentración de la propiedad de la tierra era muy superior a lo habitual en la provincia.

tante, a corto plazo hay fases en que dicho número cae, recuperándose a continuación hasta cifras anteriores. Veamos cuándo ocurre y por qué.

1.1. LOS AÑOS NEGROS: 1801-1814

No podía comenzar el siglo XIX de peor manera, porque en los primeros años Mérida se verá afectada por todos los factores causantes de las crisis demográficas, es decir, malas cosechas (y sus consiguientes hambrunas), epidemias y guerra. Así, en 1801 y, sobre todo, en 1804-1805, la escasez de la cosecha fue tal que se disparó el número de muertes, muchas de ellas provocadas por el tifus (1805), tal como muestran los libros parroquiales de Santa María⁷.

Es cierto que no alcanzó la gravedad que la crisis tuvo en el interior peninsular⁸, donde la epidemia se sumó a la pésima cosecha, pero la mortalidad se incrementó en un 40% respecto de la media de la primera mitad de siglo. A su vez, la natalidad cayó casi una cuarta parte, así que el saldo natural acabó siendo negativo en 1805.

Pocos años después, la ciudad se sumerge en el periodo más negro de toda la era contemporánea. La irrupción de los ejércitos franceses y la guerra que se desencadena se unen a una serie de enfermedades descontroladas en estos años, lo que lleva la mortalidad al mayor nivel de esta primera fase, y a la natalidad y la nupcialidad a sus menores cifras. Una crisis demográfica, por tanto, en toda regla, con una pérdida de población cuya magnitud no se repetirá en adelante. Conviene, por ello, estudiarla con más detalle.

Ya desde 1809 se aprecia una gran escasez de alimentos, por las requisas, los robos y la destrucción de los ejércitos que trasiegan por la zona o se establecen por meses en la ciudad. A ello se une un aumento de los casos de tifus y otras enfermedades digestivas, así como de “calenturas”, término que funciona como cajón de sastre de multitud de enfermedades infecciosas, pero en el que se incluyen los numerosos casos de paludismo que sufría la ciudad. Es necesario hacer aquí un inciso para aclarar el papel que esta última afección tuvo en el devenir demográfico de Mérida. La presencia de aguas muchas veces estancadas a pocos metros de las viviendas favorecía a esta enfermedad, endémica y ocasionalmente epidémica, hasta el punto de ser considerada la primera causa de

⁷ Los libros parroquiales de la otra parroquia, Santa Eulalia, se perdieron durante la Guerra de la Independencia. Es por ello que los datos globales sobre Mérida solo pueden comenzar en 1810. Las cifras de Santa María están disponibles en Montero Omenat, J., 1990, *La población de Mérida (Primera mitad del siglo XIX)*, Mérida, Ayuntamiento de Mérida.

⁸ Pérez Moreda, V., 1980, *Las crisis de mortalidad en la España interior (siglos XVI-XIX)*, Madrid, Siglo XXI, 376. El autor indica que en 1804 se vivió la más intensa y extensa crisis demográfica desde la peste del siglo XVI.

morbilidad y mortalidad en Mérida⁹. Según las partidas de defunción de la primera mitad del XIX, el paludismo solo supone el 0,4% de las muertes, porcentaje que nos parece insignificante si lo comparamos con el casi 25% que suponía a inicios del XX en la región, que era entonces la más afectada por esta endemia¹⁰. Y cifra también que no concuerda con los comentarios de la Junta Local de Sanidad que, en 1893, afirmaba que “las fiebre palúdicas se multiplican afectando con carácter de gravedad, que demuestran las defunciones por fiebres perniciosas”; o bien “las enfermedades más comunes son la inmensa mayoría palúdicas de todo género, clase y manifestación”¹¹.

Deducimos, en consecuencia, que el paludismo fue en Mérida el *asesino silencioso*, la enfermedad más infravalorada por las fuentes de la época, oculta casi siempre tras el nombre de “calenturas”, responsables estas del 48% de las muertes de Mérida en la mitad inicial del siglo¹². Apoya esta idea el que, en localidades donde el paludismo debió ser casi inexistente, las “calenturas” aparezcan más raramente entre las causas de defunción¹³.

En 1810, la viruela se suma a lo anterior, afectando mayoritariamente a los niños, que supusieron dos de cada tres defunciones de ese año (contando a los que las fuentes denominan “párvulos”, menores de 8 años). El resultado, como en el año precedente, fue un crecimiento natural negativo. Pero será 1812 el año más aciago (ver gráfico I). Confluyen en él la escasez de alimentos (los precios alcanzan el nivel más alto de toda la primera mitad del siglo), los estragos provocados por la guerra y por la presencia del ejército francés (lo que conlleva la difusión de epidemias, requisas de alimentos, destrucción de recursos...) y, por último, la explosión de enfermedades que aprovechan la coyuntura crítica y la debilidad de los cuerpos para descontrolarse. Así lo recogen las actas municipales cuando afirman:

“...los pobres (se mantienen) con borujo de aceituna y yerbas, feneciendo muchos por necesidad y los que viven espuestos a la misma suerte...”¹⁴.

⁹ López Gómez, J.M., 1988, Paludismo y sociedad en Mérida (1700-1833), *Revista Proserpina*, n.º 7 (junio 1988), UNED, 51-63. Este especialista en historia de la medicina sostiene que la endemia palúdica continuó en Mérida durante todo el siglo XIX.

¹⁰ Pittaluga, G., 1909, El paludismo, *Revista de Extremadura*, Tomo IX, Cáceres, 529-542.

¹¹ Dictamen de la Junta Local de Sanidad en respuesta a un cuestionario de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Madrid, Archivo Histórico Municipal de Mérida (en lo sucesivo, AHMM), legajo 3713, Sanidad, Carpeta “Junta Local de Sanidad”.

¹² Montero Omenat, J., 1990, *op. cit.*, 201.

¹³ Fernández López, J.M., 2015, *La mortalidad y la salud pública en Olivenza (Badajoz) durante el siglo XIX*, Tesis Doctoral, UEX, 2015. Este autor afirma que hay solo un 17% de fallecidos por estas “calenturas” en Olivenza entre 1801-1830, y que ni siquiera se mencionan entre las causas de fallecimiento en Llerena o Zahínos (p. 249).

¹⁴ AHMM, Libro de Actas Municipales de 1811-1815, n.º 57, sesión del 23-IV-1812.

Los niños menores de un año fueron especialmente afectados, pues la mortalidad infantil alcanzó la asombrosa tasa de 466‰¹⁵, lo que significa que solo uno de cada dos niños llegaría a su segundo cumpleaños. El número de fallecidos de todas las edades fue de 335, prácticamente el doble de la media de la primera mitad del XIX. Y puesto que la cifra de nacidos ese año fue de solo 105 niños, el saldo vegetativo fue de -220 personas, una pérdida del 8% del total de habitantes, la mayor caída en un solo año de todo el periodo contemporáneo¹⁶. Sin embargo, el derrumbe de la natalidad continuaría en el año siguiente, cuando nacieron solo 84 niños, el 47% de la media de la primera mitad de la centuria. En consecuencia, la ciudad siguió perdiendo población pues, aunque la mortalidad ya se situó en cifras más habituales, el saldo vegetativo fue de -87.

A la luz de estos datos quizá cobre sentido la información de las autoridades municipales cuando afirman que, de los 1.200 vecinos que tenía la ciudad antes de 1811, solo quedaban 800 en noviembre de ese año, reducidos a 500 en octubre de 1813¹⁷, unas pérdidas de casi el 60% de la población en los años de la contienda. Son cifras que, obviamente, debemos tomar con cautela, pues parece haber una “atracción hacia los números redondos”. Pero dan idea de la debacle demográfica por mortalidad y por emigración¹⁸ que supuso para Mérida la Guerra de la Independencia, con todos sus efectos asociados.

En definitiva, podríamos calificar la década de 1804-1814 como el periodo más trágico desde el punto de vista demográfico y, tal vez desde cualquier otra perspectiva, de los dos últimos siglos de la historia de la ciudad.

1.2. EL ESPEJISMO DE 1815-1830

El ciclo demográfico antiguo se caracteriza porque las fases de crecimiento natural negativo y positivo se alternan, de forma que el total de habitantes apenas varía. A la peor etapa demográfica de Mérida en los dos últimos siglos suceden ahora unos años más tranquilos, si es que este adjetivo puede usarse para hablar de una época en que la vida era enormemente incierta y en que morir pronto era lo más probable.

¹⁵ Montero Omenat, J., 1990, *op. cit.*, 182.

¹⁶ Damos por bueno el dato de 800 vecinos que cita el acta municipal del 21-XI-1811, que convertimos en 2928 habitantes aplicando el coeficiente de 3,66 (la justificación de dicha cifra está en otra obra nuestra ya citada: Montero Omenat, José, 1990, 252-253). Ese coeficiente se mantiene, con muy ligeras variaciones, en los padrones de los años 50 a 70 del XIX, depositados en el A.H.M.M., legajos 256-258, Padrones, Censos y Estadísticas, Carpeta “Padrones de habitantes de Mérida”.

¹⁷ A.H.M.M., Libro de Actas Municipales de 1811-1815, n.º 57, sesión del 27-X-1813: “un Pueblo de muy corto vecindario... reducido a cosa de quinientos vecinos, la maior parte miserables”.

¹⁸ “...haviendose espatriado por necesidad muchas familias...” A.H.M.M., Sesión del 21-XI-1811, Libro de Actas Municipales de 1811-1815, n.º 57.

En estos años, los índices de mortalidad caen notablemente, en algunos años incluso por debajo del 60% de la media de la primera mitad del XIX. Y ello se combina con una fase muy positiva para la natalidad y para la nupcialidad. La coyuntura es favorable en varios aspectos: son más los años de buena cosecha que los de mala, que sin embargo también se dan (sequías en 1817 y 1824, plaga de langosta en 1825), pero sin incidencia en el número de defunciones. Además, aunque persisten, las epidemias son menos frecuentes y mortíferas. De entre ellas solo destaca la de 1822 (de junio a noviembre en concreto). Ahora, la mortalidad se dispara por la escarlatina que asola a la población infantil de la ciudad. Tal es su intensidad que ese año se alcanza la mayor mortandad de niños de toda la primera mitad del siglo, un 84% más que la media¹⁹. Pero la prueba más clara del tremendo impacto de esta crisis sobre la población infantil es que los párvulos (menores de 8 años) supusieron el 94% de todos los fallecimientos de ese año. Poco después, en 1829, será la viruela la que se extenderá entre los niños, aunque sin los efectos desastrosos de la escarlatina de 1822.

A pesar de estos últimos avatares, el periodo fue generoso con la población emeritense. Tanto es así que en este conjunto de años se produce el mayor crecimiento natural del siglo XIX, con tasas que rondan el 2 e incluso el 3% anual. Mérida gana en estos 16 años 943 personas por el saldo vegetativo lo que, *grosso modo*, supone un aumento de un 25% de la población (el padrón de 1818 arroja un total de 2.987 habitantes, mientras que el de 1830 asciende a 3.941). Solo 1822, por culpa de la citada epidemia de escarlatina, escapa al signo positivo de toda esta fase, pues supuso un saldo negativo de 21 personas. Puede afirmarse, por tanto, que en estos 16 años Mérida recuperó buena parte de lo perdido en los inicios de la centuria.

1.3. VUELVEN LOS AÑOS CRÍTICOS (1831-1837)

Tras unos años favorables, la crisis de mortalidad vuelve en este periodo en que, sin llegar las defunciones a las cifras espectaculares de otros momentos del XIX, se mantienen casi constantemente altas. En razón de ello, el crecimiento natural es casi siempre negativo.

No siempre las fuentes históricas nos facilitan información suficiente sobre las causas, y esto es lo que ocurre el primer año, 1831. No hay noticia de una cosecha catastrófica, ni los libros de defunción de las parroquias dan fe de epidemia alguna (en estos años, de cualquier forma, lo habitual es omitir la causa de defunción). Lo que sí se observa es una mayor incidencia de la mortalidad entre los párvulos, hasta el punto de alcanzar el segundo máximo de esta primera mitad de siglo, y también más afección en la parroquia de Santa Eulalia, donde la mortalidad crece un 85% respecto de la media

¹⁹ Montero Omenat, J., 1990, *op. cit.*, 174.

de dicho periodo, convirtiéndose en su año más catastrófico. Es difícil interpretar estos datos, pero tanta concreción en una edad y una colación determinadas podrían indicar una epidemia infantil que, repetimos, las fuentes no mencionan. Bien podría tratarse de una epidemia de sarampión teniendo en cuenta que, ese mismo año, esta enfermedad asoló poblaciones de la región como Zafra, Badajoz, Cáceres, Navalmoral, etc.²⁰

Sí sabemos, en cambio, lo que ocurre en los años siguientes por las continuas referencias en las fuentes. Desde 1832 se está hablando en la ciudad del cólera, considerado por algunos historiadores “el padecimiento epidémico más representativo del siglo XIX y el causante de las más graves catástrofes demográficas”²¹. No obstante, habría que esperar un tiempo para que la enfermedad se asentara en Mérida, pues en 1833 los libros parroquiales solo recogen la defunción de una persona por cólera. Un año después, sin embargo, los fallecimientos que provoca crecen al extenderse la epidemia, favorecida por los movimientos de tropas en el contexto de la primera guerra carlista²². La marcada estacionalidad de las muertes de adultos de ese año (un 40% de las mismas tiene lugar en octubre, el mes de mayor gravedad, y en noviembre) nos hace sospechar que se dieron muchos casos de cólera, sin poder precisar cuántos porque en bastantes partidas de defunción no se recoge la causa. De cualquier forma, tal como señala el gráfico I, Mérida puede considerarse afortunada, pues los estragos de la enfermedad fueron mucho más leves que en otros núcleos cercanos (en Villanueva de la Serena hubo 699 muertos, 212 en Almendralejo y 208 en Villafranca de los Barros)²³. De hecho, el total de óbitos de este año está por debajo del que se alcanza 1833 o en 1837.

De este último año desconocemos las causas del exceso de mortalidad. No parece haber escasez de alimentos (aunque la cosecha fuera escasa, el precio del trigo se mantuvo en sus cifras habituales) ni destaca enfermedad alguna, ni un grupo de edad especialmente afectado. Lo más probable es, por tanto, que el elevado número de muertes se deba a la confluencia de distintas enfermedades típicas de la época.

Estos picos de mortalidad coinciden con un periodo de muy baja natalidad, algo lógico teniendo en cuenta los acontecimientos que tienen lugar estos años: pobres cosechas en 1833, 1834 y 1837, la expansión del cólera, la guerra carlista²⁴, etc. A todo esto se suma un factor nuevo que tiene mucha más importancia: las generaciones vacías por

²⁰ García Barriga, F., 2007, *Estructuras y dinámica familiar en la Extremadura del Antiguo Régimen*, Cáceres, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura, 340.

²¹ AA. VV., 1985, *Historia de Extremadura. Tomo IV. Los tiempos actuales*, Badajoz, Edit. Universitas, 843. Mérida queda al margen, pues hubo enfermedades bastante más cruentas que el cólera.

²² Nadal, J., 1984, *La población española (siglos XVI a XX)*, Barcelona, Ariel, 154.

²³ AA.VV., 1985, *op. cit.*, 845.

²⁴ Respecto de esta última, aunque en 1834 hubo algunos enfrentamientos en el término municipal, sus efectos sobre la ciudad tuvieron que ser leves, pues las fuentes apenas la mencionan. Perjudicó, más bien, por los reclutamientos, las requisas de productos y cierto estado de miedo.

la debacle demográfica de los inicios de siglo. Como vimos, hasta 1815 Mérida pudo perder un elevado porcentaje de su población, no solo por la más que probable huida de una parte de sus habitantes, sino también por los fallecimientos provocados por las múltiples causas de aquellos años, así como por el desplome de la natalidad. Todas estas personas, que por una u otra razón no estaban, accederían ahora a la edad propia para tener hijos. En otras palabras, al faltar padres faltan hijos. Los datos de nupcialidad de estos mismos años lo confirman, al alcanzarse ahora cifras muy bajas²⁵.

En consecuencia, este breve periodo se convierte, de nuevo, en una fase de pérdida de población para la ciudad. Entre 1831 y 1837, el saldo vegetativo es de -312 personas, lo que supone, grosso modo, un 8% del total de población.

1.4. EL ESTANCAMIENTO DE MITAD DE SIGLO (1838-1854)

Acontece ahora un tiempo menos crítico, como muestra la sucesión de años con crecimiento natural positivo. En efecto, desde 1838 hasta 1854 se gana población en todos los años, exceptuando 1843 y 1848 (en 1840 el saldo es prácticamente 0), aunque de forma muy moderada, de manera que, en conjunto, puede considerarse esta una fase de estancamiento que, curiosamente, coincide con un periodo de fuerte crecimiento de la población extremeña²⁶. Respecto de esos dos años de repunte de la mortalidad catastrófica, las fuentes no nos aclaran sus causas. Cierto es que, sobre todo en 1843, parece ensañarse con los niños, sobre todo con los menores de 1 año, pero no exclusivamente y no de forma tan nítida como en ocasiones anteriores. Tampoco se detecta enfermedad alguna que desbordara sus cifras habituales, aunque en 1843 las “calenturas”, ese cajón de sastre para múltiples enfermedades (con el paludismo a la cabeza), repuntan un poco. En 1848 parecen unirse ligeros aumentos de distintas enfermedades (escarlatina, tuberculosis, pulmonía, calenturas, etc.), poco destacados aisladamente pero que en conjunto llevan la mortalidad al segundo máximo de la mitad inicial del siglo. De cualquier forma, el saldo vegetativo es negativo en ambos años: -43 en 1843 y -100 en 1848, siendo esta una de las cifras más elevadas de todo el XIX, pero más por la caída de la natalidad (derivada del hundimiento de la nupcialidad el año anterior) que por un espectacular aumento del número de óbitos.

1.5. LA CRISIS PREVIA AL DESPEGUE (1855-1872)

Este periodo puede ser considerado, junto con el inicio de siglo, como el más negro de la historia demográfica reciente de Mérida. Las pérdidas acumuladas por un creci-

²⁵ Montero Omenat, J., 1990, *op. cit.*, 105.

²⁶ AA.VV., 1985, *op. cit.*, 837.

miento natural negativo se acercan al 10% de la población media del periodo. Solo unos breves años a inicios de la década de los sesenta, y algún otro año suelto, escapan de esta tendencia negativa.

Comienza la fase con cuatro años (1854-1857) en que coinciden un nuevo brote de cólera, una fuerte crisis de subsistencia y, al final de esta, la mayor mortandad epidémica de toda la era contemporánea.

Varias malas cosechas consecutivas redujeron las existencias de grano al mínimo, y la miseria se extendió y profundizó. Los precios del trigo se multiplican por cinco entre febrero de 1853 y el mismo mes de 1857²⁷. Pero, al igual que ocurre en todo el interior del país, los efectos directos sobre la mortalidad son escasos. En cambio, la nupcialidad se contrae hasta las menores cifras de la segunda mitad del XIX, arrastrando a la natalidad poco después, lo que lleva al crecimiento natural a cifras muy negativas.

En cuanto al cólera, provoca sus primeras víctimas en agosto y septiembre de 1854, dejando al acabar octubre un total de 41 fallecidos²⁸. Y volvería a presentarse en 1855, con 69 defunciones (60 de ellas en julio). Si bien se considera a este brote epidémico el más grave de los ocurridos en la región y el país, Mérida fue tratada de nuevo de forma indulgente. En el gráfico I se aprecia que la cifra de muertos en esos años no destaca sobre lo que podemos considerar normal. Nada que ver con lo que ocurrirá solo un par de años después.

1857 fue el año con más defunciones de todo el XIX: 463 óbitos. Cuando parecía que la hambruna quedaba atrás²⁹, se abate sobre la ciudad entre septiembre y noviembre una cruenta epidemia de viruela que será responsable de una de cada tres muertes, y que también asoló poblaciones como Los Santos de Maimona, Llerena, etc. Y como ocurriría en otras ocasiones durante este siglo, fue la población infantil la más castigada. La tasa bruta de mortalidad se disparó al 84‰ si la calculamos sobre la población del censo de ese año, pero si lo hacemos respecto de la que da el padrón municipal habría subido hasta el 101‰²⁹. A su vez, la mortalidad infantil habría llegado al 226‰. De resultas de ello, alcanzamos ahora el crecimiento natural más negativo de esa centuria en números absolutos, superior incluso al aciago 1812.

Llama la atención la escasa coincidencia temporal entre las peores crisis demográficas en nuestro entorno geográfico (el interior peninsular) y las que afectan a Mérida. Si

²⁷ Barquín Gil, R., 1999, El precio del trigo en España (1814-1883), *Historia Agraria*, n.º 7, Sociedad Española de Historia Agraria, 205.

²⁸ Peñafiel González, J.A., 1989, *Panorama del estado de salud pública en Mérida a mediados del siglo XIX y las epidemias de cólera de los años 1854 y 1855*, Mérida, inédito. Queremos agradecer al autor la cesión desinteresada de su estudio para esta investigación.

²⁹ El censo nacional da un total 5.505 habitantes, mientras el padrón se queda en 4.578.

los años más dramáticos fueron para aquel ámbito 1804 y 1855 (crisis mixta la primera y epidémica la segunda)³⁰, nuestra ciudad pasó por esos años sin una mortalidad fuera de lo normal. En cambio, especialmente letales fueron aquí 1812, 1831, 1848 y, sobre todo, 1857, años todos que no supusieron crisis geográficamente extensas. En lo que sí hay coincidencia es en la elevada mortalidad ordinaria, de la que era imposible sustraerse en aquella época.

Tras unos breves años de respiro, en los sesenta se repite exactamente el mismo ciclo de los años cincuenta: crisis de subsistencia, cólera y, al final, viruela. Así, desde 1865 se abate sobre buena parte del país una serie de malas cosechas sucesivas que, ahora sí, parecen provocar en Mérida una mortalidad elevada durante varios años consecutivos: de 1867 a 1870. Las fuentes no hablan de una sola enfermedad como culpable de esa mortalidad, sino de una amplia variedad, lo que señalaría a la malnutrición como causa de fondo. Estamos, para muchos historiadores, ante la última gran crisis de subsistencia de la historia de España.

Justo antes de dicho aumento de las defunciones, en 1865, llega a Mérida un nuevo brote de cólera que, una vez más, afecta de forma leve³¹. Pero la epidemia que aparece al final de la crisis no fue tan llevadera. La viruela, de forma más sigilosa pero mucho más efectiva³², disparará la mortalidad hasta el segundo máximo en números totales de todo el siglo XIX. Hubo 439 fallecidos, de los que una cuarta parte se debe a esta enfermedad, sobre todo en el trimestre final.

La natalidad fue muy baja en los peores años de la crisis de subsistencia, provocando cifras mínimas también en el saldo vegetativo, especialmente en 1868, tal como ocurría en otras localidades extremeñas y en buena parte del interior del país. Fueron cuatro años consecutivos de pérdida de población (1867-1870), pero cuando llegó la epidemia de viruela en 1872, la natalidad ya se había recuperado, de manera que, aunque se registraron pérdidas, estas no reflejan el gran aumento de las defunciones de ese año, especialmente entre los niños (la tasa de mortalidad infantil alcanzó el 293‰).

Pero en el número de habitantes algo había empezado a cambiar, generándose una nueva dinámica que ya no pararía en muchas décadas. Así que en los últimos años de esta etapa conviven los ciclos críticos que venían de siglos atrás (razón por la

³⁰ Pérez Moreda, V., 1980, 375-404.

³¹ Solo hubo 7 fallecidos de un total de 13 contagiados. AHMM, Legajo 377, Sanidad, Carpeta "Epidemias".

³² El que la viruela fuera endémica es la probable razón de que las autoridades municipales no hablen de esta epidemia concreta ni de la más grave aún de 1857, ni en los libros de acuerdos municipales ni en las actas de la Junta Local de Sanidad. En cambio, el cólera provocaba siempre un miedo que luego la realidad demostraba injustificado. Por lo menos en el caso de Mérida y, probablemente, también en el regional, habría que dejar de hablar del cólera como causa de las peores epidemias del XIX.

cual los hemos mantenido en esta fase) con un crecimiento demográfico muy rápido y sostenido, cuya explicación se dará más abajo, y que es característico de periodos más recientes.

2. LA ETAPA DEL DESPEGUE (1873-1900)

En los últimos años ha habido entre distintos investigadores un debate intenso sobre el papel del ferrocarril en el desarrollo urbano y demográfico de las ciudades, sobre su impacto desligado de la influencia indirecta a través de la industrialización. Si, como veremos, en estos años se produce un importante crecimiento demográfico en Mérida cuando aun su industria, por lo menos inicialmente, seguía siendo raquítica y de alcance local³³, no parece haber otra explicación para ese crecimiento que la influencia directa del ferrocarril. Sería la necesidad de mano de obra para su construcción y posterior mantenimiento, las expectativas de desarrollo comercial³⁴ y, ya más tarde, el despegue de la industria dependiente del nuevo medio de transporte, lo que sacaría a Mérida de su estancamiento demográfico; de la sucesión de crecimiento y decrecimiento en función de la abundancia de alimento y de la intensidad de las epidemias; de su sometimiento a los ciclos naturales de nacimiento y muerte. El ferrocarril fue la espoleta que inició el despegue de Mérida³⁵.

Es cierto que seguramente no sea el único factor. Así, es probable que ya desde estos años, o incluso antes, Mérida se convirtiera en foco de inmigración de los expulsados desde los campos extremeños por la pérdida de los bienes comunales que trajo la desamortización. Las oportunidades de trabajo que ofrecía el ferrocarril se complementarían a la perfección con esa repulsión que los cambios de propiedad de la tierra provocaban en el campo. De cualquier forma, y puesto que el saldo vegetativo no puede explicar por sí solo el importante crecimiento demográfico de la ciudad, es en la inmigración donde hay que buscar la causa fundamental. Veámoslo con más detalle.

Acabada la crisis que desde mediados de los sesenta culmina en la epidemia de 1872, la mortalidad inicia un periodo nuevo caracterizado por un descenso sostenido, interrumpido solo por las crisis que, con bastante menor intensidad, aun se producen (ver gráfico II). La natalidad, aunque también viene reduciéndose, se mantiene por encima de

³³ Castaño Fernández, Félix J., 1989, *Los paisajes urbanos de Mérida. Una introducción a su estudio geográfico*, Mérida, Patronato de la Biblioteca Pública Municipal Juan Pablo Forner, 53.

³⁴ Hay un claro crecimiento del comercio regional desde mediados de siglo, en parte por la progresiva integración del mercado nacional y extremeño por las mejoras de la red viaria. Véase el artículo de Juan García Pérez, La economía extremeña durante la crisis del antiguo régimen y el tiempo del liberalismo clásico (1808-1874), *Revista de Estudios Extremeños*, 2013, Tomo LXIX, n.º 1, 236-237.

³⁵ En solo dieciocho años, entre 1864 y 1882, Mérida tenía comunicación por ferrocarril hacia los cuatro puntos cardinales.

las defunciones en la mayor parte de esta etapa, haciendo que el crecimiento natural sea positivo. Pero ocasionalmente no sucedía así. En efecto, no solían pasar más de cuatro o cinco años sin que tuviera lugar un repunte de las defunciones en un 20 o 30% respecto de los años *normales*. No disponemos de estudios detallados sobre las causas de la mortalidad desde mediados del XIX, así que tendremos que achacar esos ascensos a las mismas razones que, por entonces, elevan los óbitos en otras localidades extremeñas, apoyándonos también en un muestreo de las partidas de defunción de esos años. Parece claro que el exceso de mortalidad de 1880, 1883, 1890 y 1894 se debe a las pésimas cosechas (hay algunos casos de inanición y anemia entre párvulos en 1880 y 1890), unidas a varias enfermedades que, sin llegar a convertirse en epidemias, sí son responsables de cierta sobremortalidad. Nos referimos al sarampión y la viruela, que por entonces golpeaban duro en otras poblaciones cercanas³⁶. En esos momentos puntuales, se alcanzan saldos naturales de signo negativo, a pesar de que la natalidad se mantiene bastante elevada.

Si bien desde 1873 el crecimiento natural es casi siempre positivo, de ninguna forma llega a explicar el espectacular aumento demográfico que experimenta la ciudad. Es más, como ya dijimos, ese impulso se viene experimentando desde mediados de siglo y, sobre todo, desde finales de los años 60, a pesar de la fuerte crisis demográfica de 1867-1872. Evidentemente, son inmigrantes los que disparan la población emeritense (ver gráfico III). Entre el censo de 1860 y el de 1900, la ciudad creció en 5.193 personas, pero solo 1.111 proceden del crecimiento natural. El resto, 4.082 habitantes, se debe a un saldo migratorio altamente positivo, pues supone casi el 80% de todo el aumento poblacional (cifra que no se alcanzará hasta el espectacular y “extraño” crecimiento de 1981-1986, que podremos analizar en la etapa final del siglo XX).

Es aquí donde el ferrocarril entra en escena. Como decíamos antes, en los comienzos de esta fase la industria es muy escasa, así que serían la construcción del ferrocarril, su mantenimiento y otras actividades asociadas los factores que atraerían esas oleadas de inmigrantes. No tardaría mucho la industria en aprovechar las buenas comunicaciones que a mediados de los 80 tenía la ciudad. Las fábricas de corcho (con su época dorada en esa misma década, y de las que hubo hasta tres dando empleo a muchos cientos de trabajadores), tejidos, harinas y, más tarde, curtidos, carpintería metálica, muebles, etc., se beneficiaron de la situación estratégica con las nuevas vías de transporte. De manera que la “especialización agraria sin manufactura” o el “desarrollo agropecuario en paralelo al abandono de la vía industrialista” (expresiones del historiador Juan García Pérez)³⁷ que se detectan en el conjunto de la región tienen su excepción en Mérida.

³⁶ Entre las localidades que tuvieron aumentos de su mortalidad en fechas idénticas o muy cercanas están Zafra, Los Santos de Maimona, Santa Amalia, Plasencia, etc. Por otro lado, se cita también en las partidas de 1880 algún caso de cólera pero aislado, por lo que tampoco puede hablarse de epidemia. En el muestreo realizado, no hemos encontrado ningún otro fallecimiento por esta enfermedad en 1885 o 1890.

³⁷ García Pérez, J., 2013, *op. cit.*, 207-248.

Estos movimientos migratorios (que debieron de ser muy escasos en la primera mitad del XIX y obedecerían a huidas de situaciones críticas y retornos cuando se recupera la normalidad) no tuvieron un ritmo uniforme, porque el fuerte impulso que comienza a fines de los 60 se desacelera desde 1888 hasta final de siglo, con saldos migratorios mínimos y ocasionalmente negativos (ver gráfico III). Sin duda, la crisis agraria de fines de la centuria (bien por las frecuentes malas cosechas o por el abandono de la siembra cuando el trigo importado hundía los precios), el declive de la industria taponera (por el cese de las exportaciones a Alemania, nuestro principal cliente) y la parálisis económica que todo ello generó, atajaron en buena parte la llegada de trabajadores y sus familias.

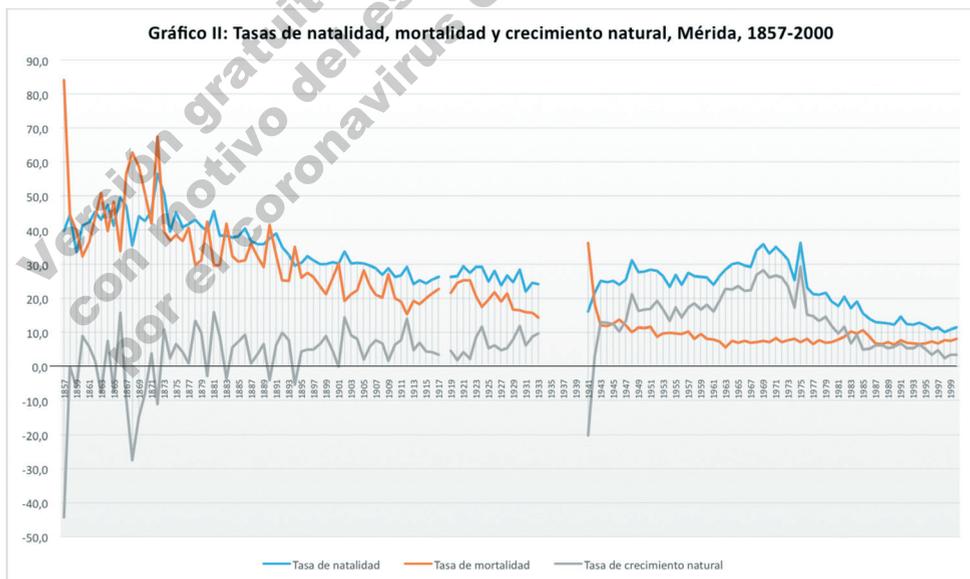
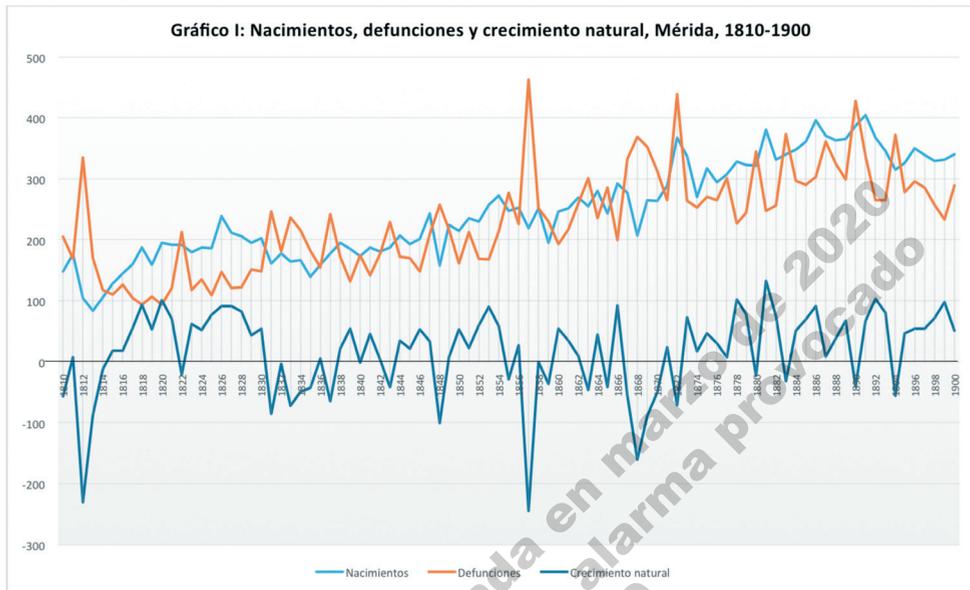
La prueba de las dificultades que atravesaba la ciudad en estos años está en los numerosos conflictos sociales que se acumulan ahora: manifestaciones por la crisis del corcho, incendios intencionados en los campos circundantes, motines de subsistencia, manifestaciones de mujeres y niños contra la subida del precio del pan y los impuestos de consumos, etc.³⁸

Es evidente que, en estas condiciones, pocos habrían de venir a Mérida a ganarse la vida, así que en estos últimos años fue el saldo vegetativo el principal responsable del crecimiento de la población. Esta evolución se aprecia en los datos del gráfico III referidos a Mérida. La década de mayor crecimiento fue la que transcurre de 1877 a 1887, mientras que desde este último año hasta fines de siglo hay una clara desaceleración³⁹.

Por otro lado, como se observa en esa misma tabla o en el gráfico IV, es claro que el impulso demográfico que vivió la ciudad supera enormemente lo que por entonces tenía lugar en la región y en el país. Así, entre 1857 y 1900, mientras España incrementaba su población en una quinta parte y Extremadura lo hacía en un cuarto, Mérida se duplicaba, convirtiéndose con diferencia en la ciudad que más rápido crecía en toda la región. Gracias a ese impulso se convirtió en el sexto núcleo más poblado de la provincia en el censo de 1900, cuando en el de 1857 ocupaba la vigésima posición.

³⁸ Bohoyo Velázquez, I., 1984, *Situación socioeconómica y condiciones de vida en la provincia de Badajoz (1889-1902)*, Badajoz, Universitas Editorial, 36 y siguientes. Este autor habla también de la existencia de más de 1.000 “pobres de solemnidad” en la ciudad (p.37). Esta conflictividad social también se menciona en AA.VV., 1985, *op. cit.*, 940, y en Baumeister, M., 1996: *Campesinos sin tierra. Supervivencia y resistencia en Extremadura (1880-1923)*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación. Finalmente, también es recogida por Rodríguez Iglesias, A., 2009, Crisis finisecular y conflictividad social en Mérida, *Revista de Estudios Extremeños*, Tomo LXV, n.º 1, 257-312.

³⁹ Hemos renunciado a establecer una comparación desde inicios del XIX. El enorme salto que se produce en el número de habitantes entre 1856 y 1857 (3.710 para el primer año, según el padrón municipal, cifra semejante a las de otros padrones de la primera mitad de siglo, y 5.505 para el segundo) indican subregistro en los datos municipales o sobrevaloración en el censo (o ambas circunstancias). En consecuencia, analizar la evolución en el paso de una mitad de siglo a la otra no tiene sentido. Lo único cierto es el estancamiento demográfico hasta mediados de siglo y el gran crecimiento desde entonces. Ver la nota 1 para abundar en esta idea.



3. EL SIGLO XX

Como veremos, durante buena parte del siglo XX la población de Mérida crece con rapidez. A eso contribuyen tanto el crecimiento natural como la inmigración. Si el primero es más constante en su tendencia (salvo en las crisis de la gripe de 1918 y de la Guerra Civil, siempre fue positivo), las migraciones tienen ciclos de signo diferente. De manera que cuando hay inmigración la población total crece con más intensidad; y cuando hay emigración, el fuerte crecimiento natural hace de contrapeso para que la población siga ampliándose, aunque a menor ritmo. Así que el protagonismo se reparte entre saldo vegetativo y migratorio. Hasta la Guerra Civil, el aumento demográfico es protagonizado sobre todo por la inmigración, mientras que tras el conflicto serán principalmente los movimientos naturales los que sostengan dicho aumento, como se observa en la tabla 3 o en el gráfico IV.

3.1. DE 1901 A LA GUERRA CIVIL

Aunque hemos puesto el comienzo de esta fase en 1901, en realidad no hay apenas diferencias en los comportamientos demográficos a un lado y otro de esa fecha. Así, las tasas de natalidad y mortalidad mantienen la tendencia decreciente que iniciaron en los años setenta del XIX, con un crecimiento natural positivo pero plano o mínimamente ascendente a largo plazo (ver gráfico II). De hecho, Mérida muestra cifras claramente inferiores a las regionales (ya desde el último cuarto del siglo XIX) e incluso a las nacionales tanto en saldo vegetativo como en natalidad y mortalidad. Continúa habiendo momentos de sobremortalidad (las malas cosechas de 1901, 1905 o 1912, el sarampión y la viruela en 1905 y 1909, la carestía de la vida en 1920-23), pero cada vez más espaciados y nunca provocando crecimiento natural negativo⁴⁰. Justamente el hecho de que este crecimiento sea contenido otorga más protagonismo a las migraciones. Precisando más, entre 1901 y 1933 (los datos del INE no incluyen los años entre 1934 y 1940) la ciudad gana 9.559 habitantes, pero las ganancias por crecimiento natural se quedan en 3.311, lo que supone un saldo migratorio favorable de 6.248 personas. Es decir, dos tercios del crecimiento de estos años previos a la guerra se deben al balance migratorio⁴¹.

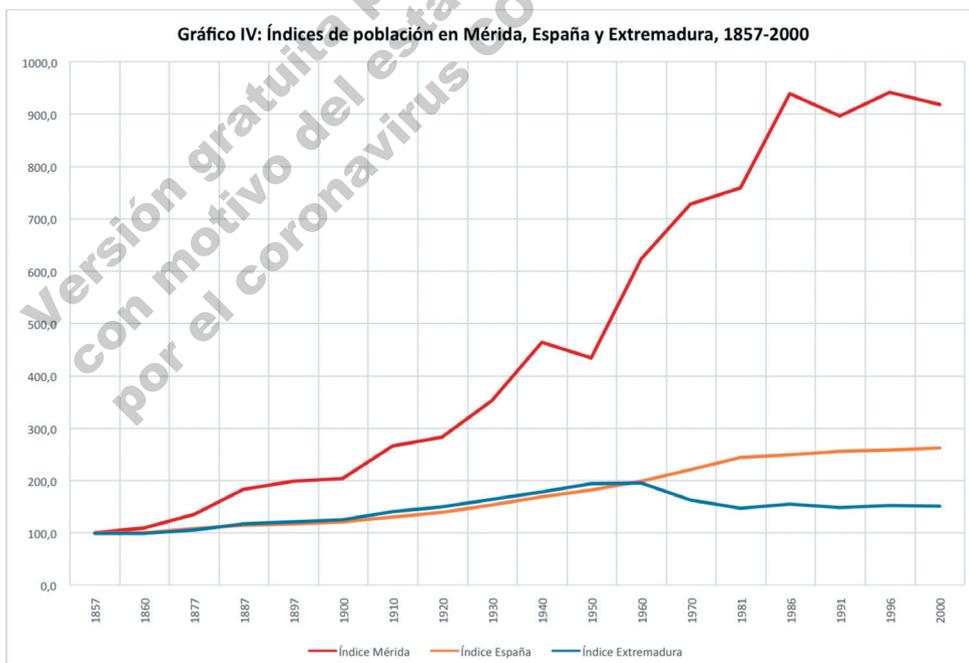
⁴⁰ Puesto que no disponemos de las causas de mortalidad, hemos de suponer que esos aumentos de defunciones obedecen a las mismas causas que afectan a otras zonas de la región. Por otro lado, aclaramos aquí que hasta esta fase hemos utilizado los datos parroquiales, más fiables según la mayoría de investigadores que los del Registro Civil. Para analizar el siglo XX, utilizamos los datos del INE.

⁴¹ En realidad, tuvieron que ser más puesto que no hemos contabilizado las pérdidas que provocó la gripe de 1918, datos de los que el INE no dispone. Si asumimos que debió de haber saldo natural negativo dicho año, como justificamos más abajo, la inmigración tuvo que ser mayor. En la nota 45 calculamos dicho saldo natural en -4‰, lo que supondría la pérdida de unos 613 individuos (la población total ese año era de 15.324). Esto haría que el crecimiento natural de todo el periodo se quedara en 2.698 personas, lo que elevaría el saldo migratorio a 6.861. De cualquier forma, no creemos que porcentualmente tenga tanta importancia como la inmigración del último tercio del siglo XIX.

Gráfico III: Saldo migratorio, crecimiento natural y crecimiento anual, Mérida, 1857-2000*



Gráfico IV: Índices de población en Mérida, España y Extremadura, 1857-2000



Es por ello por lo que debemos analizar con algo más de detalle esos desplazamientos, puesto que son los que impulsan o ralentizan el crecimiento poblacional más que el saldo vegetativo. Si observamos el gráfico III, veremos que hasta la Guerra Civil hay dos fases de notable inmigración (la primera y la tercera décadas, aproximadamente), separadas por unos años de gran conflictividad social⁴² y con un balance de pérdidas mínimas (80 personas).

La mayor parte del crecimiento se concentra en los años veinte e inicios de los treinta, coincidiendo con la instalación en la ciudad del matadero (que se convertiría después en la primera industria regional), el cuartel de artillería “Hernán Cortés”, la Corchera, algunos bancos y el Parador de Turismo. Gracias a esto, Mérida gana 3.799 habitantes entre 1921 y 1933, entre un 20 y un 25% de lo que por entonces tenía la ciudad.

Sin duda, todos estos datos se vieron afectados por uno de los acontecimientos más señalados para la demografía española en todo el siglo. Nos referimos a la gripe de 1918. Por desgracia, el INE no dispone de cifras sobre nacidos y fallecidos en dicho año, así que debemos analizar esta crisis con datos indirectos. Doncel Rangel⁴³ afirma que la tasa de mortalidad del quinquenio 1916-1920 subió al 24‰ (en el periodo anterior estaba en el 18), dejando el crecimiento natural en un paupérrimo 2‰. Si ese dato es correcto, con una serie de sencillos cálculos, hemos deducido para 1918 una mortalidad del 30‰ (unos 120 muertos) y un saldo natural negativo⁴⁴. Todo apunta, en consecuencia, a que la incidencia de la epidemia tuvo una intensidad algo menor en Mérida que en su entorno⁴⁵.

⁴² Baumeister, M., 1996, *op. cit.*, 283 y ss.

⁴³ Doncel Rangel, J., 1990, *Mérida, historia urbana (1854-1987)*, Mérida, Ayuntamiento de Mérida, 126.

⁴⁴ Como disponemos de las tasas de todo el quinquenio 1916-20 exceptuando 1918 y Doncel da una media para ese periodo del 24‰, para cumplirse esa media la TBM de 1918 tuvo que alcanzar el 30‰ citado arriba. Despejando la fórmula de la TBM deducimos que ese año debió de morir en Mérida un total de unas 460 personas, unos 120 más de lo habitual esos años. Estos serían, según nuestros cálculos, los fallecidos por la epidemia. Y si mantenemos la TN en el 26‰ que es casi constante por entonces, el crecimiento natural sería del -4‰. Esa cifra de fallecidos se asemeja en proporción a la que se produce en Montijo (García Cienfuegos, M., *La repercusión de la epidemia de gripe en Montijo. Año 1918*), pero se queda algo por debajo de lo que se da como media regional (AA.VV., 1985, *op. cit.*, 920), o de la TBM provincial (según Baumeister, M., 1996, *op. cit.*, la tasa fue de. 35,3‰ en 1918). Por otro lado, a partir de las licencias de enterramientos, otros investigadores (Ortiz Macías, M. y Peñafiel González, J.A., 2015, Mérida durante la Primera Guerra Mundial: una ciudad en crecimiento, *Actas de las IV Jornadas de Historia en Mérida*, Excmo. Ayuntamiento de Mérida, Ortiz Macías, M. y Peñafiel González, J.A. <<coords.>>, 105-118) dan una cifra de 61 fallecidos. Por último, algún estudio sobre la gripe en el ámbito nacional pone a la provincia de Badajoz como la novena menos afectada por la epidemia (Chowell, G. *et al.*, 2014, Spatial-temporal excess mortality patterns of the 1918-1919 influenza pandemic in Spain, *BMC Infectious Diseases*, 14:371).

⁴⁵ Sirva como elemento comparativo el aumento de defunciones provinciales que hubo de septiembre a octubre de ese año 1918 de 1.281 fallecidos (55 por gripe) se pasa a 4.248 (1.780 por dicha enfermedad). Ver BOPB n.º 222 de 6 de noviembre de 1918, y el n.º 243 de 6 de diciembre, en: http://www.dip-badajoz.es/bop/bops_antiguos/index.php.

El otro gran acontecimiento de esta fase es la Guerra Civil. Como ya se indicó, el INE no dispone de los datos de natalidad y mortalidad desde 1934 a 1940. Además, el censo de 1940, que podría habernos indicado en qué medida se perdió o ganó población en los años previos, ofrece cifras infladas según la opinión mayoritaria de los historiadores. Que sepamos, aun no se ha hecho un análisis ni siquiera superficial del impacto demográfico general de la guerra en Mérida.

Sí hay estudios sobre la represión, de resultados a veces contradictorios, pero no se han apuntado cifras globales de las pérdidas demográficas que supuso el conflicto en su conjunto. Por eso, aunque tan solo sea para propiciar un debate, creemos necesario analizar los datos dispersos y parciales de que disponemos para dibujar un boceto de las consecuencias demográficas que tuvo la guerra para la ciudad. Somos conscientes del riesgo y de la provisionalidad de los resultados, pero creemos que debe hacerse.

En primer lugar, veamos qué dicen otros historiadores. Javier Martín Bastos⁴⁶, en su tesis doctoral, habla de 763 muertos por represión franquista en la ciudad (muertos en prisión, “paseos”, etc.), a los que habría que sumar los represaliados por el bando republicano (9 casos constatados) y las víctimas civiles del conflicto, unas trescientas, en cálculos de este autor. En total sumarían alrededor de 1.070 muertos. Sánchez Marroyo y otros investigadores⁴⁷ apuntan a 507 represaliados por el bando nacional, pero no dan datos sobre fallecidos en combate o por el bando republicano. Este mismo historiador, en otro artículo⁴⁸, cifra los represaliados en 618. Francisco Espinosa⁴⁹ habla de 630 víctimas (618 del bando republicano y 12 del nacional).

Esta disparidad de cifras no hace sino constatar las dificultades para precisar cuántos fallecieron por la guerra y, por supuesto, no nos permiten analizar en qué medida afectó a la natalidad y al crecimiento natural. Las investigaciones se han centrado en las muertes provocadas directamente por el conflicto, y no en el impacto global. La única forma de conocer este es comparar los datos reales con los que podrían haberse dado en ausencia de guerra. Intentaremos aportar algo de luz con la reinterpretación de las únicas tasas de que disponemos, las del estudio ya citado de Doncel Rangel. A partir de datos del Registro Civil, Rangel establece la TBM para periodos quinquenales⁵⁰. En la tabla 1 adjunta, se recogen sus datos, así como los que proponemos sobre el impacto demográfico de la guerra en Mérida.

⁴⁶ Martín Bastos, J., 2013, *Pérdidas de vidas humanas a causa de las prácticas represivas franquistas en la provincia de Badajoz (1936-1950)*, Tesis Doctoral, Cáceres, UEX.

⁴⁷ Sánchez Marroyo, F. *et al.*, 1989, Aproximación a la represión nacionalista en Extremadura (algunos núcleos significativos), *Revista Alcántara*, n.º 17, 175-195.

⁴⁸ Sánchez Marroyo, F., 1989, La Guerra Civil en Extremadura. Estado de la cuestión, en *Investigaciones Históricas*, n.º 9, 154.

⁴⁹ Espinosa Maestre, F., 2003, *La columna de la muerte*, Barcelona, Edit. Crítica.

⁵⁰ Rangel Doncel, J., 1990, *op. cit.*, 126.

TABLA 1. IMPACTO DEMOGRÁFICO DE LA GUERRA EN MÉRIDA

Periodo	TBM según Rangel	TBM sin guerra	Diferencia entre ambas	Muertos por la guerra	TN según Rangel	TN sin guerra	Diferencia entre ambas	No nacidos	Pérdidas de población
1931-35	15	15	0		23	23			
1936-40	17	14	3	330	16	23	7	177	507
1941-45	18	13	5	575	22	24	2	46	621
1946-50	12	12	0		27	27			

Comencemos con la mortalidad. Supongamos que, en ausencia de conflicto, la tasa hubiera bajado uniformemente entre el primer y el último periodo, es decir, podría ser de un 14‰ en el segundo quinquenio y del 13‰ en el tercero. La diferencia entre estas cifras y las que realmente se dieron puede ser considerada el exceso de mortalidad provocado por la guerra. Esa diferencia en ‰ equivale a 66 muertes anuales de más en 1936-40 (330 fallecidos en todo el quinquenio) y 115 en 1941-45 (575 para todo este periodo)⁵¹. En total, 905 fallecidos a causa del conflicto (sin diferenciar represaliados, muertos en combate, en los años del hambre, etc.). Somos conscientes del riesgo de dar estas cifras, empezando por el hecho de que se basan en una fuente, el Registro Civil, poco fiable en este periodo. Con seguridad, habría más fallecidos porque muchos se anotaron pasados esos años, en inscripciones diferidas. Esta misma razón explica la llamativa sobremortalidad de 1941-45 sobre 1936-40, algo que evidentemente en la realidad no se produjo. De hecho, según los datos del INE, en 1941 las defunciones totales llegan a 918, por ese mismo retraso en las anotaciones. En definitiva, la cifra que proponemos de 905 fallecidos debe ser considerada una estimación mínima.

Si aplicamos el mismo método para calcular el impacto de la guerra en la natalidad y el crecimiento natural, el resultado sería de 223 no nacidos y una pérdida de población global (no nacidos más fallecidos por el conflicto) de unas 1.228 personas, lo que supone un 5% de la población de la ciudad, aproximadamente.

Volvemos a reiterar la elevada posibilidad de que estos datos sean imprecisos, pero no disponemos de muchos más. Y ahora, si comparamos ese último porcentaje (5% de pérdidas) con los provocados por otras crisis en la época contemporánea, podemos afirmar que los efectos demográficos de la Guerra Civil tuvieron menor gravedad que

⁵¹ Para el cálculo de fallecidos, hemos despejado la TBM de su fórmula. Previamente, para establecer la población total en dicha fórmula, y puesto que solo disponemos de la de los años censales, hemos calculado los periodos intercensales con la tasa de crecimiento anual acumulado. Una vez obtenidos los habitantes de cada año, hemos hallado la media de cada quinquenio. El resultado es de 22.028 para 1936-40 y de 23.067 para 1941-45. Así que, conociendo el total de habitantes y la tasa, es fácil despejar el número de muertos. Debe aclararse que el dato de población que ofrece Rangel para 1940 es la media entre la población de derecho y la de hecho, al ser considerado poco fiable el censo de ese año.

los de otros acontecimientos, todos del siglo XIX: la Guerra de la Independencia, las crisis epidémicas y de subsistencia de los años 30 o las del tercer cuarto de ese siglo. Esta comparación no debería servir para minimizar las consecuencias de la Guerra Civil, sino para entender las verdaderas dimensiones del impacto demográfico de acontecimientos que, al ser más lejanos, pueden parecer menos graves.

3.2. DE LA POSGUERRA AL NUEVO MILENIO

Acabada la Guerra Civil, y tras unos años en que las consecuencias de la misma aun persisten, la ciudad entra en una fase distinta desde el punto de vista demográfico. Así, la mortalidad verá ya un descenso ininterrumpido que, en el último tercio, se convierte en estancamiento (gráfico II). La natalidad, en cambio, entra en una espiral creciente que la lleva a tasas sorprendentemente elevadas a fines de los sesenta e inicios de los setenta, para desplomarse luego a cifras muy bajas. En correspondencia, el saldo vegetativo crece espectacularmente alcanzando ahora el máximo de toda la era contemporánea, cayendo después a tasas propias de un ciclo demográfico moderno. Pero es en las migraciones donde vemos los vaivenes más intensos, los cambios más repentinos. Casi sin solución de continuidad, la ciudad alterna momentos de fuerte inmigración con fases de éxodo. Su evolución demográfica dependerá de si ambos factores (saldo vegetativo y migratorio) coinciden en su signo positivo, dando lugar a etapas de fuerte crecimiento, o no coinciden, en cuyo caso el incremento es moderado. Pero el protagonista principal es el saldo vegetativo (gráfico III). Según los censos, entre 1941 y 2000, la ciudad gana 25.149 habitantes, pero por dicho saldo debería haber crecido 29.674. Ello significa que se perdieron 4.525 habitantes por balance migratorio⁵². Luego Mérida no quedó al margen de la corriente migratoria general, en la que predominó un intenso éxodo. En lo que sí se muestra diferente, como se ve en la tabla adjunta, que compara el saldo migratorio local y regional, es en los ciclos internos y en su intensidad, producto de los factores locales que le afectaron durante este periodo.

Período	Mérida	Extremadura
1941-50	-4.075	-25.008
1951-60	5.506	-171.586
1961-70	-2.906	-379.731
1971-80	-6.315	-162.241
1981-90	8.752	-768
1991-2000	-5659	-507

⁵² Siempre existe la posibilidad de que ese número sea inferior, por estar inflada la población de 1940. Eso significaría que el número de habitantes partiría de una cantidad inferior, acercándose así a la cifra de crecimiento natural.

Esto es lo que nos cuentan las cifras de población que, sin embargo, y como se verá, debemos manejar con cierta prudencia. Conviene hacer un análisis más de cerca.

La primera década, la de los años cuarenta, es de pérdida de población según los censos del INE. Es por ello que, a pesar de un saldo natural creciente (por esa natalidad en aumento), habría un balance migratorio negativo. No obstante, el censo de 1940 parece inflar el total de habitantes, de forma que es dudosa esa pérdida demográfica hasta 1950. De ser cierta esa sobreestimación, la ciudad no habría tenido tantos emigrantes. Es verdad que fueron años difíciles, con malas cosechas y con la región sumida en el olvido (el impulso estatal de la autarquía pasó de largo), y que las nuevas autoridades se llevaron a la capital provincial muchas funciones económico-administrativas. Pero es dudoso que la ciudad perdiera más de 4.000 habitantes por migraciones (un 16% del total de población).

La década siguiente, en cambio, fue la de más rápido incremento demográfico si exceptuamos los inicios de los años 80 (gráficos III y IV). En efecto, la tasa de crecimiento anual acumulado fue del 3,7%. La razón es que suman sus fuerzas un crecimiento natural fuerte y un saldo migratorio muy positivo. La natalidad supera el 25‰ gracias a una población joven que encuentra muchas posibilidades laborales en la ciudad: puesta en marcha del Plan Badajoz, creación de IFESA a partir del matadero (esa empresa llegaría a ser la primera industria regional), construcción del silo (el segundo más grande del país en su momento), ampliación de la Corchera, apertura de la fábrica de cervezas El Gavilán y de la factoría de La Casera, así como de CEPANSA (manufactura de algodón), etc. A su vez, la mortalidad baja del 10‰ aprovechando las mejoras sanitarias⁵³, sociales y económicas que comienzan a vislumbrarse, y que se manifiestan primero en la mortalidad infantil y luego en la general. En cuanto a las migraciones, la ciudad gana ahora más de 5.000 inmigrantes (más o menos los mismos que se ganaron con el saldo vegetativo). Son atraídos por los nuevos empleos que se crean en el que, según opinión extendida, era entonces el primer núcleo industrial de la región, situado además en un punto estratégico en el nuevo mapa de regadíos (una vez más, su valiosa ubicación como factor diferencial).

En las dos décadas siguientes, años 60 y 70, se vive una curiosa coincidencia: el periodo de mayor crecimiento natural del que tenemos noticia⁵⁴, y la mayor pérdida por emigración. Así, por el primero se ganan 16.956 habitantes entre 1961 y 1981, pero por la segunda se pierden 9.470. Es por ello que el crecimiento poblacional es más contenido que en la década precedente. Y si crece la población es por una natalidad que alcanza

⁵³ El paludismo, tan mortífero en la centuria anterior, estaba ya controlado, así como las enfermedades intestinales, tan frecuentes en la primera infancia.

⁵⁴ Hay momentos puntuales del siglo XIX con tasas mayores, pero son poco fiables por la dificultad de establecer una cifra de población total precisa.

tasas no vistas desde el siglo XIX, por encima del 30 e incluso del 36%⁵⁵. Debemos adoptar una postura crítica ante estas cifras, pues el INE no diferencia los nacimientos según la residencia de la madre, por lo que muchos de los nacidos en estos años no serían vecinos de Mérida, sino de los pueblos cercanos. Refuerza esta idea el hecho de que desde 1976, año en que ya se separa en la contabilidad a los nacidos de madres residentes en la ciudad, la tasa cae más de un tercio en un solo año⁵⁶. Es verdad que una parte de esa caída se produce por los cambios socioeconómicos que, en buena parte del país, están derrumbando la natalidad (crisis económica, pérdida de influencia de la Iglesia, mentalidad no natalista, mayor incorporación de la mujer al mercado laboral, aumento del nivel educativo, el enorme gasto que empieza a suponer la crianza de los hijos...), pero por sí solos esos cambios no pueden explicar ese repentino desplome. Es por ello que debemos ser prudentes a la hora de analizar esta natalidad y el crecimiento natural resultante⁵⁷. Si esto es así y el saldo natural no fue tan positivo, Mérida tuvo que sufrir menos pérdidas de población por éxodo para mantener su fuerte crecimiento demográfico. En otras palabras, la natalidad no fue tan espectacularmente alta ni la ciudad perdió tantos habitantes por migraciones.

De lo que sí podemos estar razonablemente seguros es del hecho de que el saldo migratorio debió ser negativo, sobre todo en la parte final de esta fase de los años 60-70. Y es que por entonces se vio que el Plan Badajoz no cumplía las expectativas creadas, y entraron en declive dos de las principales industrias de Mérida: el matadero y la Corchera. Además, el algodón, principal cultivo hasta entonces en los regadíos de la zona, también entró en crisis, afectando a las manufacturas de la ciudad. Y esa población que se marchó no tendría sus hijos aquí, por lo que esa “natalidad exportada” también contribuyó a la caída de la tasa desde mediados de los 70, llevando a la ciudad, por fin, a lo que se denomina el ciclo demográfico moderno.

Este nuevo contexto demográfico, caracterizado por bajas tasas de natalidad y mortalidad⁵⁸ y, en consecuencia, de crecimiento natural, no fue en absoluto monótono para la ciudad. De hecho, ocurre ahora un acontecimiento clave en la historia de Mérida, comparable a la llegada del ferrocarril: en 1983 la ciudad fue declarada capital autonómica. Una vez más, la ubicación estratégica será clave en esa elección. Las consecuencias

⁵⁵ Este baby-boom, de mucha mayor intensidad que el nacional, coincide con una TBM muy baja, en torno al 6-7%, inferior incluso a la media española.

⁵⁶ Y a eso se unen los sospechosos vaivenes de la tasa en estos años de mediados de los 70, para los que no tenemos explicación.

⁵⁷ El mismo problema ha sido detectado en la provincia de Cáceres por otros investigadores. Véase Barrientos Alfageme, G. y Gurría Gascón, J.L., 1986, *Las limitaciones de las fuentes para el estudio de la geografía de la población*, Cáceres, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura.

⁵⁸ El ligero aumento de inicios de los años 80 puede achacarse al leve envejecimiento que debió de producir la emigración de las dos décadas anteriores. No obstante, las tasas locales de mortalidad son inferiores a las extremeñas en todo el último cuarto del XX, por ser la de Mérida una población menos envejecida que la media regional.

demográficas han sido muy importantes, no tanto en el movimiento natural como en las migraciones. Supuestamente, la ciudad ganó casi 10.000 habitantes entre 1981 y 1986, alcanzando el 4,33% de tasa de crecimiento anual acumulado, la cifra más alta de la que tenemos constancia. Mérida se encontraba entonces en pleno proceso de terciarización⁵⁹, con una administración regional que crecía rápidamente y con la creación de la Residencia Sanitaria, lo que supuso no solo más funcionarios y sus familias, sino también una revitalización económica que compensaba el desmantelamiento industrial que vivía la ciudad. Además de todo esto, es probable que Mérida se beneficiara también de la migración de “retorno” que provocó la crisis de los años 70-80.

Si unas líneas más arriba hemos utilizado la palabra “supuestamente” al hablar del crecimiento demográfico de la ciudad, es porque parece haber habido una sobreestimación del número de habitantes, con objeto de alcanzar la cifra de 50.000⁶⁰. Es sospechoso que casi todo el crecimiento de 1981 a 1986 se produzca en el último año (7.651 personas desde 1985, y solo unos cientos desde 1981 al 85); y lo es también que posteriormente se pierdan 4.500 habitantes en un solo año, entre 1990 y 1991⁶¹.

Con todo, el impulso que supone la capitalidad pronto empieza a mostrar síntomas de cansancio. El crecimiento de finales de los ochenta es ya más contenido, alcanzando el máximo de población en 1990 con algo más de 53.000 habitantes. De ahí a fines de siglo se pierde población. Es cierto que el número de funcionarios sigue creciendo, pero ya no supone apenas un aumento demográfico⁶². La mejora de las comunicaciones (se abre ahora la autovía Madrid-Lisboa), que hasta ese momento había sido la causa de fondo de su desarrollo, se convierte ahora en la losa que impide su crecimiento, pues ahora es fácil vivir fuera de la ciudad y trabajar en ella. Es lo que se ha llamado “emigración inmobiliaria”⁶³, (empujada por el alto precio de la vivienda, pues son los años de la burbuja “del ladrillo”), que convierte a Mérida en un lugar central rodeado de “núcleos dormitorio”, a veces incluso de mayor tamaño (Cáceres y Badajoz). Es por eso que la

⁵⁹ Este fenómeno ha sido estudiado por Antonio J. Palacios García en “Nuevos horizontes de vivienda, población y empleo asociados a la capitalidad política regional. Los casos de Mérida y Pamplona (1980-2011)”, en *Estudios Geográficos*, Vol. LXXV, 276, 311-345, enero-junio 2014. Su intensidad se demuestra con un par de datos: en 2011, Mérida es la ciudad española con mayor proporción de empleados públicos; y entre 1970 y ese año la población ocupada en la administración creció un 764%.

⁶⁰ Al superar dicha cifra, las ayudas estatales se incrementan. Algunos estudiosos señalan que ya era un rumor de aquellos años esa sobreestimación. Véase Rodríguez Franco, V., 2004, *La capitalidad de Mérida. ¿Sueño o decepción? Un estudio social, económico y cultural*. Badajoz, Diputación Provincial de Badajoz, 111. Tomamos de este estudio los datos de población entre el censo de 1981 y el padrón de 1986, en lugar de calcular la TCAA, que tergiversaría la evolución demográfica.

⁶¹ También hay opiniones que afirman que el censo de 1991 puede infravalorar la población total.

⁶² Hasta el propio Plan General de Ordenación Urbana del año 2000 lo reconoce. Ver: Barrado Timón, D.A. y Vázquez Varela, C., 2014, *Cultura, imagen y espacios para el poder como referentes del nuevo estatuto de capitalidad en Mérida, Santiago de Compostela y Toledo*, *Estudios Geográficos*, Vol. LXXV, 276, 66.

⁶³ En 2001, un tercio de la población ocupada de la ciudad residía fuera de ella, el triple de la media regional. Ver Palacios García, A.J., *op. cit.*, 2014, 331.

capital deja de ser la ciudad con mayor crecimiento. Ni siquiera la multiplicación del turismo (declaración como Patrimonio Mundial en 1993, creación del Museo Nacional de Arte Romano en 1986) o nuevos servicios (Academia de la Guardia Civil en 1996, Biblioteca del Estado, etc.) son capaces de revertir la situación. Y a todo esto se suma la debilidad del crecimiento natural, cercenado por una natalidad y una mortalidad muy bajas y próximas (aunque con mejores datos que la media regional). Podría decirse que se había vuelto a la atonía demográfica de inicios de la era contemporánea de la que parece, sin embargo, que estamos resurgiendo con el nuevo milenio.

CONCLUSIÓN

Mérida pasó por siglos de atonía y abatimiento demográfico. Lo ilustra el hecho de que en el año 1579 tuviera 6.655 habitantes⁶⁴, cifra que no recuperará hasta tres siglos más tarde, en los años setenta del siglo XIX. Y la recupera precisamente en el inicio de un espectacular impulso que la convertirá en la tercera población de Extremadura, con unos índices de crecimiento muy por encima de cualquier otra localidad. Si hay que señalar un detonante, ese fue la llegada del ferrocarril, que se explica por su posición estratégica y que modificó su estructura económica y multiplicó el valor de esa situación central. Incluso podríamos también relacionar al ferrocarril con el inicio de la transición demográfica, pues el descenso de mortalidad y de natalidad coincide con su instalación, y sus tasas llegan incluso a ser inferiores a las medias nacionales desde la última década del siglo XIX hasta la Guerra Civil. Pero si bien esta mejora de las comunicaciones aportó estos beneficios, también tuvo efectos negativos. Así, en ciertos momentos, sobre todo a fines del XIX e inicios del XX, permitió la llegada de grano barato que dejó sin trabajo a muchos jornaleros, expulsados por el abandono de las siembras que, en competencia con ese grano, ya no eran rentables. O permitió lo contrario, la extracción de trigo cuando aquí precisamente escaseaba (de ahí los motines para impedir la salida de los trenes que cargaban ese cereal). Si damos un salto en el tiempo a la parte final del siglo XX, podemos decir algo parecido sobre esa posición tan bien comunicada. En su momento, permitió a Mérida alzarse con la capitalidad autonómica y recibir, por ello, un nuevo y enorme impulso demográfico y económico. Pero cuando el siglo se despedía el aumento de los puestos de trabajo que se producía en la ciudad no conllevó un crecimiento poblacional, al permitir la “emigración inmobiliaria”.

Si Mérida nació y pervivió en los tiempos pasados gracias a las posibilidades de comunicación que brinda su posición estratégica, esas mismas posibilidades son las que van a determinar su evolución demográfica, a veces para mal, pero casi siempre para bien.

⁶⁴ Blanco Carrasco, J.P., 1999, *Demografía, familia y sociedad en la Extremadura Moderna (1500-1860)*, Cáceres, UEX, 275.

TABLA 3:
POBLACIÓN TOTAL E ÍNDICES DE MÉRIDA, ESPAÑA Y EXTREMADURA (datos del INE)

AÑO	Mérida	Índice Mérida	España	Índice España	Extremadura	Índice Extremadura
1857	5505	100,0	15464340	100,0	707065	100,0
1860	5975	108,5	15645072	101,2	697407	98,6
1877	7390	134,2	16622175	107,5	739403	104,6
1887	10063	182,8	17549608	113,5	821301	116,2
1897	10886	197,7	18065635	116,8	853438	120,7
1900	11168	202,9	18618086	120,4	882410	124,8
1910	14633	265,8	19995686	129,3	990991	140,2
1920	15502	281,6	21389842	138,3	1054657	149,2
1930	19354	351,6	23677794	153,1	1152124	162,9
1940	25501	463,2	26015907	168,2	1253924	177,3
1950	23835	433,0	27976755	180,9	1364857	193,0
1960	34297	623,0	30528539	197,4	1378777	195,0
1970	40059	727,7	34041531	220,1	1145376	162,0
1981	41783	759,0	37682355	243,7	1032266	146,0
1986	51641	938,1	38473418	248,8	1086420	153,7
1991	49284	895,3	39433942	255,0	1045201	147,8
1996	51830	941,5	39808374	257,4	1070244	151,4
2000	50478	916,9	40499791	261,9	1060030	149,9

Versión gratuita actualizada por el INE en 2020
con motivo del estudio de la mortalidad por el coronavirus COVID-19

TABLA 2: POBLACIÓN TOTAL, NATALIDAD, MORTALIDAD Y SALDO VEGETATIVO DE MÉRIDA, SIGLOS XIX Y XX

Año	Población Total	Nacidos	Fallecidos	Saldo Vegetativo	Tn	Tm	Tcn
1810		149	206	-57			
1811	2.928	177	169	8	60,5	57,7	2,7
1812	2.298	105	335	-230	45,7	145,8	-100,1
1813	1.803	84	171	-87	46,6	94,8	-48,3
1814	2.490	106	118	-12	42,6	47,4	-4,8
1815	2.606	129	111	18	49,5	42,6	6,9
1816	2.727	145	127	18	53,2	46,6	6,6
1817	2.854	161	105	56	56,4	36,8	19,6
1818	2.987	188	94	94	62,9	31,5	31,5
1819	3.200	160	107	53	50,0	33,4	16,6
1820	3.429	195	94	101	56,9	27,4	29,5
1821	3.442	192	121	71	55,8	35,2	20,6
1822	3.419	192	213	-21	56,2	62,3	-6,1
1823	3.396	180	118	62	53,0	34,7	18,3
1824	3.152	188	136	52	59,6	43,1	16,5
1825	3.920	187	110	77	47,7	28,1	19,6
1826	4.066	239	148	91	58,8	36,4	22,4
1827	3.623	212	121	91	58,5	33,4	25,1
1828	3.893	206	123	83	52,9	31,6	21,3
1829	4.183	195	152	43	46,6	36,3	10,3
1830	3.941	203	149	54	51,5	37,8	13,7
1831	4.057	162	247	-85	39,9	60,9	-21,0
1832	3.762	178	181	-3	47,3	48,1	-0,8
1833	3.489	165	237	-72	47,3	67,9	-20,6
1834	3.510	167	216	-49	47,6	61,5	-14,0
1835	3.530	140	183	-43	39,7	51,8	-12,2
1836	3.551	160	155	5	45,1	43,6	1,4
1837	3.733	178	243	-65	47,7	65,1	-17,4
1838	3.109	195	173	22	62,7	55,6	7,1
1839	3.471	186	132	54	53,6	38,0	15,6
1840	3.876	174	175	-1	44,9	45,1	-0,3
1841	3.920	188	142	46	48,0	36,2	11,7
1842	3.965	181	177	4	45,6	44,6	1,0
1843	3.780	188	230	-42	49,7	60,8	-11,1
1844	2.834	208	173	35	73,4	61,0	12,4
1845	2.962	193	171	22	65,2	57,7	7,4

1846	3.096	202	149	53	65,2	48,1	17,1
1847	3.272	244	210	34	74,6	64,2	10,4
1848	3.237	158	258	-100	48,8	79,7	-30,9
1849	3.203	225	217	8	70,2	67,7	2,5
1850	3.780	215	162	53	56,9	42,9	14,0
1851	3.327	236	213	23	70,9	64,0	6,9
1852	3.352	230	170	60	68,6	50,7	17,9
1853	3.378	258	168	90	76,4	49,7	26,6
1854	3.485	273	214	59	78,3	61,4	16,9
1855	3.596	248	277	-29	69,0	77,0	-8,1
1856	3.710	253	226	27	68,2	60,9	7,3
1857	5.505	219	463	-244	39,8	84,1	-44,3
1858	5.657	252	252	0	44,5	44,5	0,0
1859	5.814	195	231	-36	33,5	39,7	-6,2
1860	5975	247	193	54	41,3	32,3	9,0
1861	5.962	252	217	35	42,3	36,4	5,9
1862	5.948	270	260	10	45,4	43,7	1,7
1863	5.935	256	302	-46	43,1	50,9	-7,8
1864	5.922	281	236	45	47,5	39,9	7,6
1865	5.909	244	286	-42	41,3	48,4	-7,1
1866	5.895	293	200	93	49,7	33,9	15,8
1867	5.882	277	333	-56	47,1	56,6	-9,5
1868	5.869	208	369	-161	35,4	62,9	-27,4
1869	6.021	265	353	-88	44,0	58,6	-14,6
1870	6.177	264	314	-50	42,7	50,8	-8,1
1871	6.338	289	265	24	45,6	41,8	3,8
1872	6.502	368	439	-71	56,6	67,5	-10,9
1873	6.671	337	264	73	50,5	39,6	10,9
1874	6.844	271	254	17	39,6	37,1	2,5
1875	7.021	318	271	47	45,3	38,6	6,7
1876	7.203	295	265	30	41,0	36,8	4,2
1877	7.390	308	301	7	41,7	40,7	0,9
1878	7.622	329	227	102	43,2	29,8	13,4
1879	7.861	323	245	78	41,1	31,2	9,9
1880	8.107	322	345	-23	39,7	42,6	-2,8
1881	8.361	381	248	133	45,6	29,7	15,9
1882	8.624	332	257	75	38,5	29,8	8,7
1883	8.894	341	373	-32	38,3	41,9	-3,6
1884	9.173	348	297	51	37,9	32,4	5,6
1885	9.460	361	291	70	38,2	30,8	7,4

LA POBLACIÓN DE MÉRIDA EN LOS SIGLOS XIX Y XX

1886	9.757	396	304	92	40,6	31,2	9,4
1887	10.063	371	362	9	36,9	36,0	0,9
1888	10.142	364	326	38	35,9	32,1	3,7
1889	10.222	366	299	67	35,8	29,2	6,6
1890	10.303	387	428	-41	37,6	41,5	-4,0
1891	10.384	405	338	67	39,0	32,5	6,5
1892	10.466	368	265	103	35,2	25,3	9,8
1893	10.549	346	265	81	32,8	25,1	7,7
1894	10.632	316	372	-56	29,7	35,0	-5,3
1895	10.716	326	279	47	30,4	26,0	4,4
1896	10.801	350	296	54	32,4	27,4	5,0
1897	10.886	340	286	54	31,2	26,3	5,0
1898	10.979	330	258	72	30,1	23,5	6,6
1899	11.073	332	234	98	30,0	21,1	8,9
1900	11.168	341	290	51	30,5	26,0	4,6
1901	11.474	347	347	0	30,2	30,2	0,0
1902	11.788	397	227	170	33,7	19,3	14,4
1903	12.111	367	257	110	30,3	21,2	9,1
1904	12.443	379	278	101	30,5	22,3	8,1
1905	12.784	387	360	27	30,3	28,2	2,1
1906	13.134	390	313	77	29,7	23,8	5,9
1907	13.494	389	284	105	28,8	21,0	7,8
1908	13.863	374	279	95	27,0	20,1	6,9
1909	14.243	410	385	25	28,8	27,0	1,8
1910	14.633	385	292	93	26,3	20,0	6,4
1911	14.718	393	279	114	26,7	19,0	7,7
1912	14.803	434	226	208	29,3	15,3	14,1
1913	14.888	359	287	72	24,1	19,3	4,8
1914	14.975	379	274	105	25,3	18,3	7,0
1915	15.061	368	301	67	24,4	20,0	4,4
1916	15.148	388	323	65	25,6	21,3	4,3
1917	15.236	400	348	52	26,3	22,8	3,4
1918	15.324						
1919	15.413	406	334	72	26,3	21,7	4,7
1920	15.502	411	381	30	26,5	24,6	1,9
1921	15.850	468	402	66	29,5	25,4	4,2
1922	16.206	446	410	36	27,5	25,3	2,2
1923	16.569	484	343	141	29,2	20,7	8,5
1924	16.941	494	296	198	29,2	17,5	11,7
1925	17.321	432	339	93	24,9	19,6	5,4

1926	17.710	497	387	110	28,1	21,9	6,2
1927	18.107	432	344	88	23,9	19,0	4,9
1928	18.514	495	395	100	26,7	21,3	5,4
1929	18.929	468	316	152	24,7	16,7	8,0
1930	19.354	550	319	231	28,4	16,5	11,9
1931	19.895	438	316	122	22,0	15,9	6,1
1932	20.452	502	322	180	24,5	15,7	8,8
1933	21.024	508	302	206	24,2	14,4	9,8
1934	21.612						
1935	22.216						
1936	22.837						
1937	23.476						
1938	24.132						
1939	24.807						
1940	25.501						
1941	25.329	407	918	-511	16,1	36,2	-20,2
1942	25.159	542	462	80	21,5	18,4	3,2
1943	24.989	628	301	327	25,1	12,0	13,1
1944	24.821	613	295	318	24,7	11,9	12,8
1945	24.654	621	312	309	25,2	12,7	12,5
1946	24.488	587	335	252	24,0	13,7	10,3
1947	24.323	620	291	329	25,5	12,0	13,5
1948	24.159	755	242	513	31,3	10,0	21,2
1949	23.997	666	273	393	27,8	11,4	16,4
1950	23.835	666	267	399	27,9	11,2	16,7
1951	24.718	705	286	419	28,5	11,6	17,0
1952	25.634	720	225	495	28,1	8,8	19,3
1953	26.584	703	259	444	26,4	9,7	16,7
1954	27.570	645	272	373	23,4	9,9	13,5
1955	28.591	771	275	496	27,0	9,6	17,3
1956	29.651	711	283	428	24,0	9,5	14,4
1957	30.750	848	316	532	27,6	10,3	17,3
1958	31.890	846	257	589	26,5	8,1	18,5
1959	33.071	872	315	557	26,4	9,5	16,8
1960	34.297	899	276	623	26,2	8,0	18,2
1961	34.834	838	274	564	24,1	7,9	16,2
1962	35.379	941	257	684	26,6	7,3	19,3
1963	35.933	1023	201	822	28,5	5,6	22,9
1964	36.495	1099	274	825	30,1	7,5	22,6
1965	37.066	1126	254	872	30,4	6,9	23,5

LA POBLACIÓN DE MÉRIDA EN LOS SIGLOS XIX Y XX

1966	37.646	1118	280	838	29,7	7,4	22,3
1967	38.236	1117	263	854	29,2	6,9	22,3
1968	38.834	1325	276	1049	34,1	7,1	27,0
1969	39.442	1412	297	1115	35,8	7,5	28,3
1970	40.059	1328	283	1045	33,2	7,1	26,1
1971	40.213	1410	333	1077	35,1	8,3	26,8
1972	40.367	1344	287	1057	33,3	7,1	26,2
1973	40.522	1272	312	960	31,4	7,7	23,7
1974	40.678	1032	326	706	25,4	8,0	17,4
1975	40.834	1485	290	1195	36,4	7,1	29,3
1976	40.990	952	329	623	23,2	8,0	15,2
1977	41.148	877	269	608	21,3	6,5	14,8
1978	41.306	869	317	552	21,0	7,7	13,4
1979	41.464	895	289	606	21,6	7,0	14,6
1980	41.623	794	299	495	19,1	7,2	11,9
1981	41.783	739	330	409	17,7	7,9	9,8
1982	43.591	871	372	499	20,0	8,5	11,4
1983	45.478	736	439	297	16,2	9,7	6,5
1984	47.446	827	419	408	17,4	8,8	8,6
1985	49.499	688	469	219	13,9	9,5	4,4
1986	51.641	722	450	272	14,0	8,7	5,3
1987	52.225	681	356	325	13,0	6,8	6,2
1988	52.368	668	340	328	12,8	6,5	6,3
1989	52.991	669	377	292	12,6	7,1	5,5
1990	53.732	654	346	308	12,2	6,4	5,7
1991	49.284	715	378	337	14,5	7,7	6,8
1992	50.218	628	351	277	12,5	7,0	5,5
1993	51.170	624	344	280	12,2	6,7	5,5
1994	51.968	672	340	332	12,9	6,5	6,4
1995	52.518	636	357	279	12,1	6,8	5,3
1996	51.830	566	384	182	10,9	7,4	3,5
1997	51.146	591	344	247	11,6	6,7	4,8
1998	50.471	510	387	123	10,1	7,7	2,4
1999	50.387	552	378	174	11,0	7,5	3,5
2000	50.478	582	408	174	11,5	8,1	3,4

NOTA: Las cifras de población total en celdas de fondo oscuro proceden de los padrones municipales y recuentos del A.H.M.M., del B.O.P.B. y del I.N.E. Las cifras sobre fondo claro han sido calculadas con la Tasa de crecimiento anual acumulado. Los datos comienzan en 1810 porque los libros de Santa Eulalia de años anteriores se perdieron durante la Guerra de la Independencia. No constan en el I.N.E. datos de nacimientos y defunciones de 1918 y de 1934-1940.